

La imagen de España en el espejo de la literatura rusa

Allá por el año de 1916, un joven músico ruso, el futuro gran compositor Sergio Prokófiev, esperaba pacientemente en la frontera española que terminase la aburrida operación de cambio de ruedas que es necesario efectuar por la diferente anchura de la vía del tren en España y en Europa. A Prokófiev le pareció que estaba volviendo a su país. Era la misma escena que tiene que presenciar el viajero ruso al entrar en el suyo, donde la distancia entre los carriles es unos centímetros más que en el resto de Europa. El compositor anotó en su diario: «Esperaba que el sistema de medidas y pesos fuese también diferente». Haya o no haya sido así, esta anotación expresa el deseo del compositor de que en España pueda haber un sistema de vida diferente, no del todo coincidente con el sistema de vida occidental, lo que, al parecer, era el mismo anhelo que surgía en la mente de los viajeros que entraban en Rusia. Pero hasta que cristalizase la idea de la similitud «espiritual» (psicológica) de dos pueblos y de dos países, situados a ambos extremos del continente europeo, la percepción rusa de España, o más exactamente, su manera de «sentir España» tendría que recorrer un camino largo y tortuoso.

En Moscú se oyó hablar por primera vez de la «tierra española» a fines del siglo XV. La primera mención conocida sobre España en lengua rusa es muy curiosa. En octubre de 1490, Guenadio, arzobispo de Nóvgorod, escribe en una misiva al metropolitano de Moscú, Zósimo, que existe una tierra española, donde, por fin, han acertado en la manera de tratar a los herejes: los queman. «No estaría mal que nosotros también siguiésemos este método». Y, efectivamente, a esta misiva siguieron unas cuantas ejecuciones públicas de los llamados «judaizantes» que no deben ser confundidos con sus homólogos españoles. Fue una suerte que esta práctica no arraigase en Rusia.

En el año 1667, España fue visitada por una embajada rusa con Piotr Ivanovich Potiomkin como embajador. Escribió sobre los españoles: «En sus costumbres son muy originales y orgullosos... No les gusta emborracharse: beben poco. No comen mucho. Habiendo estado seis meses en tierras españolas no he visto que haya borrachos tirados por las calles o que, habiendo bebido en exceso, alboroten». El mismo Potiomkin dejó una emotiva descripción del Escorial. Los rusos, entonces, probablemente no conocían la historia de España. Sea como fuere, Potiomkin quedó muy impresionado por el elemento árabe en la arquitectura del sur de España. Incluso llegó a preguntar: «¿Es que España estuvo gobernada por los árabes?». En el Prado hay un retrato de Potiomkin pintado por Carreño de Miranda¹.

Los contactos rusos-españoles adquieren un nuevo auge en la época de Pedro I, cuando en San Petersburgo se instalan múltiples embajadas extranjeras, la española entre ellas. Pero en lo que a la imagen de España se refiere, los rusos la copian de los franceses. Desde los tiempos de Catalina II, los rusos se hacen «galomaniacos», es decir, admiradores de la lengua y cultura francesas. Todo lo que estaba de moda en Francia era inmediatamente acogido con entusiasmo en Rusia. En la Francia del siglo XVII España estaba de moda, pues Luis XIV era hijo y marido de princesas españolas.

En aquella época, en Rusia se traducen las novelas de Lesage. España, en gran parte, es vista a través de éstas. Prácticamente no se conoce en Rusia la lengua española. El propio nombre del lejano y mitificado país viene del polaco y suena como *Guishpania*. En general, la cultura española es prácticamente desconocida en Rusia. En 1762 un tal Domáshnev publica un artículo «Sobre el arte del verso», donde afirma:

«En España la poesía nunca floreció ni se ha tenido en gran estima. Una suntuosidad vacía y el solo efecto sonoro de las palabras ocupa en ellos el lugar que debiera ocupar el buen gusto. Los españoles se han ejercitado más bien en el arte de la poesía dramática, pero sin conseguir gran cosa.»

Esta cita nos muestra la medida de los conocimientos rusos sobre el país de Cervantes, Lope de Vega, Calderón y Góngora.

Desde el punto de vista de la Ilustración francesa, los españoles son los exponentes paradigmáticos de «la superstición y la locura». Voltaire, con quien Catalina II mantenía correspondencia, escribía que España «no conoce la libertad de pensamiento».

En el siglo XVIII, esta manera de ver España produjo una serie de obras perfectamente mediocres sobre el tema español. Entre éstas figura el drama lacrimógeno de Jeráskov *Los perseguidos*, la novela de Emin *El desdichado amor del marqués de Toledo* y la novela juvenil de Gnédich con el pomposo título de *Don Corrado de Guerrero, o el espíritu de venganza y orgullo de los españoles*.

¹ Véase M. Alekséev: Rusia y España, una respuesta cultural, Seminarios y ediciones, Madrid 1975.

Estas obras fueron muy pronto olvidadas, pero la imagen del español, un ser orgulloso, vanidoso, vengativo y apasionado, echó raíces, durante largo tiempo, en la mente de los rusos. Pero todas estas cualidades, no demasiado positivas desde el punto de vista de los racionalistas de la Ilustración francesa, sorprendentemente «cayeron bien», es decir, gustaron, a los rusos. Probablemente, por atracción de polos opuestos.

Los flemáticos e inactivos hombres del Norte se sentían atraídos por la bilis y la alegría de los coléricos del Sur. Pero es en el siglo XIX cuando los sentimientos hacia ese país exótico que era, para los rusos, España, llegan al grado de una verdadera pasión. Esto coincide con el creciente auge de los ideales del romanticismo en la vida cultural. La romántica «atracción de los abismos», el entusiasmo por los contrarios, sean cuales fueren, todo esto hace que la «venganza y el orgullo» alcancen una cotización muy alta. A principios del XIX Rusia padece una verdadera epidemia de hispanofilia. También contribuyeron unas causas de orden político. En primer lugar, la resistencia heroica a la invasión napoleónica. El sitio de Zaragoza afectó a los rusos en lo más profundo de su ser. En 1812, cuando empieza en Rusia la guerra con Napoleón, los periódicos están llenos de noticias sobre España. Los acontecimientos en la Península suscitan una enorme simpatía. El famoso poeta Derzhavin escribe un epigrama titulado «Moscas españolas»:

El francés tiene una fiebre tremenda,
se abalanza sobre la gente y muerde.
Le están poniendo moscas de España.
No sé si recobrará el juicio.

Un semejante destino, el que los dos pueblos hagan causa común en su lucha contra un mismo enemigo, contribuye a que los dos pueblos se aproximen. Los españoles son ahora un ejemplo para los rusos en su amor hacia su patria.

Pero pasan unos pocos años y el punto de vista oficial cambia, a causa de la revolución de 1820 en España. En estos años entre la aristocracia rusa ya empiezan a tener popularidad actitudes de insumisión. Las ideas de los librepensadores europeos y las ideas republicanas son acogidas cada vez más con satisfacción en la sociedad rusa. En los ambientes liberales tiene una gran popularidad la personalidad de Riego. La noticia de su ejecución hace que los corazones se estremezcan. El poeta Riléyev en un poema titulado «El Ciudadano», al acusar a la juventud de inmovilismo, dice:

Se arrepentirán, cuando el pueblo, en armas,
los encuentre entregados a placeres ociosos,
y en su motín violento en busca de sus fueros,
no vea entre ellos ni a Bruto ni a Riego...

Cuando se produce el levantamiento del 14 de diciembre de 1825 —unos cuantos regimientos rebeldes exigieron la implantación, en Rusia, de un régimen constitucional—, estos versos fueron leídos en la Plaza del Senado de San Petersburgo, que fue el escenario de los acontecimientos. Los aspectos subversivos de la hispanofilia fueron comprendidos por el gobierno ruso; el «libre pensamiento» a la manera española empezó a ser perseguido.

Pero, como siempre ocurre, la fruta prohibida, por el mero hecho de serlo, tenía un enorme atractivo. El «colorido español» es asumido ya definitivamente. Y es entonces, en los comienzos del siglo pasado, cuando nace «el tema español», que tendrá por destino unas metamorfosis muy curiosas y hasta jocosas. Algo así como si una encantadora y espontánea joven se convirtiera en una vulgar y ridícula dueña, a la cual es imposible tomar en serio.

El tono ruso de lo hispano lo da, y no podía ser menos, el gran poeta universal Alejandro Pushkin (1799-1837). Su España no nos induce a pensar si es buena o mala, real o no. Nos basta con afirmar que es irresistiblemente encantadora.

Estoy aquí, Inesilla,
estoy aquí a tu ventana.
Quedó envuelta Sevilla
en oscuridad y sueño...

El céfiro nocturno
agita el éter,
ruge,
corre
el Guadalquivir...

En realidad, estos poemas podrían ser definidos como cancioncillas espontáneas e ingenuas, por no sé que milagro del arte libre de «céfiros» y «éteres» librescos, que han sabido captar el hechizo de una noche estival sureña, tan grata al corazón ruso. Naturalmente, la España de Pushkin se inspira, en parte, en la literatura francesa, por ejemplo, en los «cuentos españoles» de Alfredo de Musset, en los que el poeta encontraba una «vivididad extraordinaria». Se sabe que Pushkin, que hablaba francés a la perfección, empezó a estudiar español. Por lo menos, en su biblioteca se han encontrado libros españoles con notas de su puño y letra.

Como ya habíamos indicado, España fue un verdadero «El Dorado» para los románticos rusos. Cruelas pasiones, el proverbial y presunto orgullo de los españoles, los siniestros «misterios de la Inquisición», paisajes rocosos y desérticos, temibles precipicios, todo ello era una vena inagotable para la imaginación romántica. Si España no hubiese existido, los románticos rusos hubiesen tenido que inventarla.

En clave romántica está escrita una obra maestra de Pushkin, *El convidado de piedra* sobre el último y fatídico amorío de Don Juan. «La noche tiene fragancias de limoneros y laureles»; estas palabras de Laura, en la obrita de Pushkin, definieron por mucho tiempo nuestra visión de España.

La España romántica hace su aparición en otras obras suyas, algunas inacabadas, como sus glosas del romancero (el ciclo del Rey Rodrigo), o su poema:

Ante una noble española
están dos caballeros...

Nuestro romántico por excelencia, el gran poeta Mijail Lérmontov (1814-1841) era un apasionado de España, con todas sus consecuencias. En su familia se transmitía una tradición sobre el origen de los Lérmontov con el duque de Lerma que habría emigrado o huido a Escocia en «la época de los moros». Efectivamente, el apellido Lérmontov que lo hizo universalmente conocido, se escribía antes con «a» y sólo posteriormente fue escrito con «o» a la usanza rusa.

Pero el problema no reside solamente en una tradición entre tantas. El sombrío apasionamiento del verso de Lérmontov, contenido en los cristales de hielo de una forma poética exacta, es un equivalente de la imagen, que del «espíritu español» se formaron las mentes rusas. Es un hervir de la sangre ocultado por una máscara de impasibilidad. Lérmontov podría ser el gran «bailaor» de flamenco en la poesía rusa: un máximo de tensión en un mínimo de movimientos que lo expresa.

Todavía adolescente, escribe un drama interminable, *Los españoles*, con sus ingredientes de amor, traición, un padre jesuita y un mar de sangre. Este dramón poco afortunado quedó sin concluir. El tema español hace su aparición en sus poemas «Las dos esclavas» y «Una confesión». Podría añadirse a esto que Lérmontov dibujaba como un profesional. En uno de sus dibujos, una mujer de la que estaba enamorado está pintada con los atuendos de una monja española. En una de las redacciones de su poema más famoso, «El Demonio», la acción, que primitivamente ocurría en España, es trasladada a Georgia, y respectivamente, su protagonista española será ahora una princesa georgiana, Tamara. Georgia en su «Demonio» se nos aparece como una tierra donde la humanidad tuviera su remoto origen. Las cimas de sus montes ascienden al cielo y mantienen con él un tenso diálogo. En la primera versión del poema esto ocurría en España. Recordemos los famosos e incomparables versos de Lérmontov:

Inicio en solitario mi camino,
brilla delante de mí una senda pedregosa,
la noche está sumergida en el silencio, el desierto escucha lo que Dios
le está diciendo,
y una estrella habla con la otra.